

NIÉGATE A TI MISMO

LA IMPÍA IMPIEDAD DE SIMONE WEILL

Isabel Escudero

Cualquier cosa que podamos decir acerca de la obra de Simone Weill nunca podrá acercarse ni a rozar tan siquiera algo de la verdad que su voz singular acertó a formular con tanta piedad como dureza. Es más, corremos el serio peligro de atentar contra la claridad de su palabra. De desactivarla y enmarañar con literatura o con filosofía o con mística lo que de ella brotó como razonamiento desmandado, como de una herida nunca cerrada, transida por una suerte de lógica de amor. Como si en ello le fuera la vida.

Bástenos, pues, estas pocas líneas, para hacer notar lo que de verdad aquí y ahora nos importa y que es, en primer lugar, defender su voz desnuda, librarla de interpretaciones, de domesticaciones de toda laña, de integración en el *corpus* filosófico y menos aún en el religioso. Desde su desaparición temprana de este mundo esta operación se ha intentado repetidas veces, no tanto por sus detractores como por sus adoradores, y hasta ella misma, con su apasionada erudición, caía también con frecuencia en tributos escolásticos y rendiciones platónicas, la mayoría de las veces movidos por el agradecimiento a los pocos muertos vivos que a través de sus lecturas la habían tocado el corazón. Pero también, ella misma, al punto se desprendía de lo sabido y se alzaba solitaria entre las voces. Su palabra se nos presenta como una voz predicando en el desierto, pero no sólo en el desierto de su realidad histórica e inmediata (compromiso al que nunca desatendió) sino en otro desierto más extenso, más inmenso, más seco todavía, el que llega hasta nosotros, hasta nuestra realidad de hoy, de aquí, de ahora mismo que estamos sufriendo de ella y se remonta hacia atrás hasta tocar la primera desdicha del mundo.

La táctica primordial para dejarse hablar es, sin duda, el desprendimiento de sí, la renuncia de mi persona siempre sumisa y

miedosa. Pero llevar hasta hacerlas modo de vida las palabras del Verbo: "*Niégate a ti mismo*" implica dolor por la constante perdida ya que el alma necesita agarrarse a las cosas, la propiedad la tranquiliza. Y sin embargo ese abandono es el gozo de amor donde perdida es ganancia: "*El que quiera ganar su vida la perderá, el que la pierda la ganará*". La permanente renuncia de Simone a todo lo que le habría procurado de comodidad su constitución personal abarcaba todas las facetas y las removía sin contemplaciones: renuncia a su condición burguesa, a sus propios orígenes, a su brillante figura intelectual, a la confesionalidad practicante de sus propias creencias ni la de sus antepasados (ni judía ni católica), renuncia al reconfortante amparo de los sacramentos para ir más desnuda hacia el Dios escondido en la verdad de su ausencia... Porque toda verdad que estuviera enmarcada en o sometida al carácter de institución o de organización jerárquica le era sospechosa. Se prendía de los misterios que no estuvieran sometidos a mandato ni comercio y sufría de privación de lo que más ansiaba sólo por defenderlo contra los negocios y temores de los hombres.

Pero no era una santa, no se la quiera achacar que fue por ganar su alma ni por salvarse por lo que se deja morir. Su amor por los desdichados, por los que no saben, era un amor físico y palpable, una donación de presencia carnal a su lado, su rezo era acción y su acción era plegaria. Su impía piedad exigía de sí misma y de los otros lo más bueno y hermoso, lo más honrado, y así su ira podía arrojar del templo a los mercaderes. Era notorio el desprecio que sentía hacia la casta intelectual, a la que denominaba de traidora, su aversión por los genios protegidos por la fama, por los autores amurallados en sus libros, por los políticos y los jueces envalentonados con sus jergas. Hasta la enfermedad la llevaba su horror por la mentira en cualquiera de sus formas y hasta la muerte su sentido del deber. Si todavía se daban entonces en el estamento intelectual algunos hombres libres, de honrada acción y razón, como Camus (que tanto la estimaba) o Malraux, y otros que también descendieron al campo de batalla, y aún

Simone Weill resplandecía entre ellos como una candelita de inteligencia y valor... imaginémosla hoy aquí sola en éste páramo de idiotez creciente donde hasta los más espabilados de nuestros filosofantes no dejan de ser más que un coro de listillos agarrados a su Nombre Propio y a los dictados del Régimen.

Pero basta de rodeos. Al grano. Hemos seleccionado el texto de Simone Weill: **La persona y lo sagrado**, que viene a continuación, porque en él quedan planteadas con precisión, y bien prematuramente, algunas de las cuestiones que atañen directamente a términos tan prestigiosos hoy día como: Persona, Derecho, Justicia, Democracia etc. Que ella acertara a denunciar sus trampas ya a principios de los años cuarenta, cuando aún eran incipientes y por lo tanto todavía esperanzadores y perfectibles muchos de estos conceptos, nos pareció un caso insólito de claridad y una advertencia profética que se ha visto desgraciadamente confirmada en la experiencia política personal y social de las tecnodemocracias desarrolladas. Aún no es tarde para aprender algo de la puntual actualidad de estas palabras. Oigámoslas.